

Teología popular

Refranero, poesía y fe

I. ENTRECUCES

Si la religiosidad popular se matiza en torno a las prácticas piadosas de la gente, la media la acerca peligrosamente a la superstición, a la magia atávica de prevenir o curar cumpliendo ritos preestablecidos, *acordarse de santa Bárbara cuando truena*, cofradías penitenciales semanasanteras, peregrinaciones en pos de indulgencias. Habría que entender entonces la teología popular como la reflexión sencilla y anónima, del sentido común, sobre el significado de la vida, el valor del altruismo, la trascendencia del yo, filtrada imperceptiblemente en giros lingüísticos cotidianos, refranes sobre vivencias y dudas corrientes, versos existenciales sin origen definido.

La primera consideración abordaría si es siquiera posible una teología popular, pareciera una antinomia que algo tan sublime esté *a la altura del betún*. Pues desde luego que lo es. Más que posible, habría que decir que es consustancial. Ya decía Aristóteles (Metafísica 1026a), patriarca de nuestra cultura, que la *theologiké philosophía* [filosofía teológica] es el saber primero, porque supone preguntarse por el fundamento, cuestión que asalta a todo pensante y fundamento que a falta de mejor precisión podemos asociar a Dios. Lo que pasa es que la teología se volvió demasiado sibarita al ser la ciencia dominante de las nacientes universidades medievales, y además pomposa, pues se tenía por una sabiduría superior, como se gloriaba santo Tomás (Suma teológica I,1,5). Tanto academicismo distinguido la elevó tanto del *pueblo llano* que quedó más o menos en la estratosfera.

“Teología es la ciencia que da respuestas exactísimas a preguntas que nadie se plantea”. Es una enjundiosa frase atribuida al teólogo, impulsor del movimiento ecuménico y arzobispo anglicano de Canterbury en la primera mitad del siglo XX William Temple. Qué decir si no de una teoría que ha integrado en su máxima expresión, la Suma teológica de santo Tomás, dece-

nas de sesudas quaestiones a la naturaleza de los ángeles –De la 50 a la 64, y de la 106 a la 114 de la I parte, 160 páginas de letra pequeña en dos columnas en la edición de 1988–, si eran completamente incorpóreos o no, si su movimiento es instantáneo o mediato, cómo hablan ente ellos, si caben muchos en el mismo punto o si uno puede estar en varios sitios a la vez, si pueden amarse entre sí –casi *discutir sobre el sexo de los ángeles*–; que se enreda *a cara de perro* en argumentaciones sobre si María, al ser asumida al cielo, murió o durmió; que queda atrapada en problemas tan trascendentales como por ejemplo si los anticonceptivos son o no *contra natura*, lo que en caso afirmativo tocaría en buena lógica a los aviones, las ortopedias y los ordenadores; por no hablar del limbo, el *ex opere operato*, la inerrancia bíblica... Afortunadamente, la teología también ha sabido descender al ras común y existencial del pensamiento, ha proclamado desde siempre que Dios es sencillamente salvación (1Jn 4,8), resuelto que la propia conciencia es la norma suprema de comportamiento (Suma teológica I-II,94,2), y afirmado que la Iglesia es sobre todo la unidad que brota de la misma fe (LG 1).

Por su parte, el refranero siempre acierta, la sabiduría popular lo sabe todo. Tal vez porque hace a todo, a una cosa y a la contraria. Claro, así cualquiera, no hay modo de fallar. *Al que madruga, Dios le ayuda*, solemos tintinear, es decir, el que es diligente y previsor, el que otea los problemas y anticipa soluciones, obtiene recompensa, no le pillan descuidado. Pero también es cierto que *no por mucho madrugar, amanece más temprano*, por más que uno se adelante a los acontecimientos, visualice las situaciones, ate todos los cabos, los hechos no suceden hasta que ocurren, con las características, instantaneidades e imponderables de cada momento. Las previsiones no siempre llevan al logro.

Además de no errar nunca, el refranero es anónimo, compendio de tradiciones y crisol de experiencias de las que nadie es responsable porque pertenecen a todos. De modo que no hay a quien pedir cuentas ni exigir reparaciones si sufrimos un dicho que *a pesar de los pesares* nos ha marraído. Todo lo más, la vivencia individual puede aportar su granito al acervo complejo, abigarrado y contradictorio del saber común.

A todo esto se asemeja la Iglesia en sentido amplio. Ésta también atina siempre porque ha aprendido a *nadar y guardar la ropa*, a apostarse en una esquina y en la opuesta. Lo mismo está con el poder que en contra, puede ser de izquierdas y de derechas, hacer una teología contra el statu quo, como la patristica antenicena (la Carta a Diogneto resalta el contraste social y moral cristiano, la Tradición Apostólica rechaza el bautismo de los soldados) como otra a favor del Imperio, por ejemplo la patristica tardía (Cesáreo de Antioquía ensalza la figura de Constantino, Agustín de Hipona pide la imposición imperial de la fe). Con igual soltura puede formar parte de la nobleza

o de la plebe, elaborar una sofisticada teología intelectual (la escolástica) como una expansiva doctrina popular (los catecismos). De igual modo se asimila a los ricos que a los pobres, es denostada por la revolución marxista como su peor enemigo (“opio del pueblo”) como establece una teoría en torno a la defensa de los marginados (teología de la liberación). No es de extrañar que haya durado dos mil años, como ninguna otra institución, tal vez a excepción del matrimonio. Y así puede seguir otro tanto, no tiene tan mala salud, contra lo que pueda parecer ahora, sólo tiene menos poder. De algún modo, está siguiendo la estela del cofundador Pablo: “sométanse todos a las autoridades constituidas, pues no hay autoridad que no provenga de Dios”, dice aconsejando integración social a los cristianos (Rm 13,1); “a mí qué me importan los notables: en Dios no hay acepción de personas”, había tronado al principio rebelde sobre los primeros apóstoles (Gal 2,6).

Tampoco hay a quién dirigirse reclamando compensaciones por expectativas fallidas de la Iglesia en cuanto colectividad: todos habrán quedado igualmente frustrados. Volviendo a Pablo, en su primerísima carta a la comunidad cristiana de Tesalónica, hablando de la parusía afirmaba eufórico una inmediatez que tenía que trepidar en los tuétanos: “los que quedemos hasta la venida del Señor no nos adelantaremos a los que murieron” (1Ts 4,15). Era convicción común, así que el chasco por el retraso de la segunda venida de Jesucristo tuvo que ser de órdago, de los que dejan literalmente *temblando el misterio* (de cantar el misterio, cantar el credo: causar honda emoción). Indirectamente esto habla a favor de la fortaleza de la fe cristiana, que pudo sobreponerse a tamaña decepción. “Ante el Señor un día es como mil años y mil años como un día” (2Pd 3,8), lo que importa es la confianza íntima en Dios y el comportamiento de caridad, y dejar que el futuro venga por sí mismo, sin perder la perspectiva. Algo así como el caso del predicador del adviento que peroraba apasionado sobre la necesidad de velar y estar preparados para la segunda venida: “Hay que estar convencido de ello, hay que sentirlo, hay que creerlo para vivirlo... ¿Ustedes lo creen?”. En el silencio tirante una viejecita replica humilde: “Yo, *padresito*, sí que lo creo... pero al final ya verá como no viene”. De hecho, *esperar el santo advenimiento* indica unción y paciencia, pero también supura retranca, es como *esperar a que san Juan baje el dedo*, evocando su gesto de señalar al Mesías en las tallas y pinturas. En cualquier modo, la fe es heraldo de esperanza, *fides qua*, antes que portadora de doctrina, *fides quae*. Y la esperanza es ya virtud, premio anticipado.

Sólo el humor distancia proverbios y teología de un modo que parece irreconciliable. En efecto, algo esencial a la sabiduría popular es la socarronería, tanto que casi la define. El intrínseco flujo escéptico, relativista, disolvente del humor se infiltra medularmente en la ambigüedad de las decisiones

humanas, la inabarcabilidad del mundo, la derrota individual ante la vida, todas ellas lecciones veraces de la experiencia. Pero por lo mismo casa muy mal, al borde de la incompatibilidad de caracteres, con la trascendencia teológica, tan dogmática y seria ella. El humor supone siempre cierta resistencia, casi subversión, frente a lo fáctico, mientras la teología no deja de ser la doctrina de un poder socio-religioso como ha sido la Iglesia durante tantísimo tiempo. Habrá que decir que si la teología es una ciencia supeditada a la revelación, como señaló santo Tomás (Suma teológica I,1,1), y la revelación es la inserción de lo metahistórico en la historia, de lo inalcanzable en lo accesible, cierta dieta de humildad e ironía le conviene para no inflarse y mantenerse con salud. El humor es el arma de los vencidos, y entre la imperfección y la muerte todos los hombres lo son, la teología no debiera tenerle por enemigo.

En cuanto a la poesía, es sabido que intenta expresar lo inexpresable, poner voz a sentimientos inefables, dar cabida a lo que desborda la razón. Palabras hermosas que hagan justicia a cosas hermosas, metáforas que toquen lo imposible de mostrar. Pertenece pues a la esencia de lo humano. Los versos destilan sentencias que manan para ser recordadas, cristalizando en frases sonoras, rimadas, ritmadas. Los poemas son concisos y oscuros, brotan de apuntes profundos hasta lo insondable e imágenes atrevidas hasta el desbocamiento: “lo encontró en una soledad poblada de aullidos”, agradece el creyente el abrazo de Yahvé al Israel extraviado (Dt 32,10); “renace la esperanza, da un paso atrás la muerte/ y el mundo sabe a pan y a hogar”, se estremece el amanecer en la Liturgia de las Horas (Martes IV); “sobre el campo verde,/ bajo el sol feraz,/ piel de niño verde [...] verde Navidad”, clama el obispo amazónico Casaldáliga contra la jactancia boreal.

En esto no puede dejar de parecerse a la religión y la teología, que también se aferran a lo inasible, pretenden acercar la trascendencia. La religión quiere ordenar la percepción de Dios, el contacto con la revelación: elabora dogmas, organiza el culto, establece normas morales y disciplinares. Dentro de ella, la teología rastrea la lógica de las huellas de Dios, su presencia en la maravilla de lo creado, la esperanza del sentido de la existencia. De distinta manera, una borbotando emociones y otra sin desamarrarse de la razón, poesía y teología tratan de lo eterno y la belleza, proceden con símbolos, exploran lo suprapersonal y lo íntimo.

Donde mejor se siente esta unión es en los epitafios, las inscripciones de las tumbas. Es una tradición que remonta a los egipcios, un recordatorio del difunto ante los vivos, que fue elevada a arte literario en la cultura clásica grecolatina. Versos por fuerza concisos, literalmente lapidarios, no cabe mucho en los márgenes de una losa, además de hondos por naturaleza, tratan de la vida y la muerte y el individuo. Lo máximo en lo mínimo. Solían traer los datos

del nombre, la edad y algún deseo o indicación. La epitafía de las vías de Roma contenía el celeberrimo *sit tibi terra levis* [que la tierra no te pese], pensado para un muerto querido pero más que aplicable para cualquier viviente. Otros túmulos renegaban de los violadores del reposo eterno. El individualismo pesimista posterior remarcará los epitafios románticos: *here lies one whose name was writ in water* [aquí yace alguien cuyo nombre fue escrito en el agua], lamenta la irreparable contradicción entre unicidad y caducidad el poeta inglés John Keats en su lápida romana. Y una tumba parisina recupera para la actualidad una sentencia antigua: *katá tón daímōna heautoú* [fiel a su espíritu], *en su ley*. Elegida por su padre, guarda a Jim Morrison, poeta y vocalista del grupo rockero The Doors, muerto joven por sobredosis, protagonista de los tiempos levantiscos y desaforados de los sesenta.

Concluyendo este apartado, ¿habría algún modo de ordenar una teología popular? La psicología moderna habla de dos ternas cruzadas que entrecruzan tupidamente el entero decurso humano. De un lado, una triple dimensión vital: la física, la social y la personal. De otro, una triple estructura individual: la acción, el sentimiento y el pensamiento. Pero se ha dado cuenta de no haber inventado nada. Aristóteles parece que ya insinuó la tripleta básica de la realidad humana: la física, *phúsis* es naturaleza, la captación del mundo exterior; la ética, *éthos* indica costumbre, elucida el buen comportamiento; y la lógica, *lógos* alude a razón, las leyes internas del entendimiento (Tópicos 105b). Y además, retomando a su maestro Platón, también perfeccionó los tres componentes del individuo: el corporal, *sóma*, la materialidad sustantiva; el emocional, *psukhé*, el alma instintiva; y el mental, *noús*, la inteligencia pensante (Metafísica 1071a). Ni que hubiera sabido simplificar de antemano nuestro progresado andamiaje actual.

II. DICHOS

Merodeamos reflexiones teológicas a propósito de jaraneros modismos y adagios que tienen que ver con la fe cristiana. Sin ánimo de exhaustividad, antologando antologías, ni de estudio histórico, sólo quieren considerar el arraigo de lo esencial de la fe a tenor de la experiencia secular de gente educada largo tiempo en esa fe.

1. Física

Phúsis se refiere a lo que brota por sí solo, lo espontáneo, lo que está en el propio modo de ser de algo. Algo así como que *todos los ríos van al mar*, o que *tras la tempestad viene la calma*. Hay cosas que en sí mismas contie-

nen el desarrollo, son semillas que encierran y prometen un fruto. Hay divulgadas sentencias teológicas que lo corroboran.

En el pecado está la penitencia

Más allá de las tradicionales amenazas eclesiásticas tronando penas del purgatorio, al otro lado de expiaciones mediante mortificaciones corporales, se ha sabido desde siempre que obrar mal conlleva autocastigo. Aunque un delito mayor o menor quede impune socialmente, porque no se conozca o averigüe el culpable, el principio general de que las maldades personales germinan en desbarajustes íntimos es un saber universal. Las decisiones que continuamente vamos tomando en la vida no son opciones neutrales y distantes, como quien elige entre dos chochonas que le han tocado en la tómbola, son también decisiones sobre uno mismo en las que cada cual se va configurando. Quien escoge ver una película o hacer lo suyo antes que atender una necesidad o cumplir una tarea se está adentrando en el solipsismo y alejando del respeto ajeno, lo que se dice un lunático, pues es *antes la obligación que la devoción*. Vivir es elegir, y por tanto elegir es vivir, uno mismo queda naturalmente implicado en sus tomas de postura.

La filosofía existencialista ya expresaba con su habitual dramatismo que la vida ofrece muchas posibilidades, pero que al escoger unas se desechaban necesariamente otras, la nada se infiltra en el mismísimo ser. Y mucho antes lo sentenció Aristóteles al observar que la habitud proviene de la práctica, que el carácter se conforma en la acción (Ética a Nicómaco 1047b). El juicio más rotundo corresponde a Heráclito, uno de los padres de la filosofía griega: *éthos anthrópo daímon* [el destino es el carácter] (Fragmentos 119). Como buena frase nominal, de espíritu palindrómico, pareciera que pensarla al revés implica exactamente lo mismo: el carácter se debe al destino. Su concisión aforística le da un brillo ambiguo, sibilino, tan peculiar de “el oscuro”. A Freud le hubiera agradado usar la segunda posibilidad para asentar que estamos irremediabilmente dominados por los traumas de la infancia. Pero Heráclito, pionero e iconoclasta como era, quería contradecir las convicciones de sus contemporáneos, con tres palabras derriba todo un fatalismo reverencial y exhorta al voluntarismo: no existe el destino, cada uno lo fragua con sus decisiones.

Pongamos ejemplos. El ególatra, egocéntrico o egoísta, viviendo sólo para sí y desde sí, se hunde en un penoso autismo vital; sólo como él dice, sólo como él hace, valiendo sólo su intuición... es un auténtico zombi, un muerto viviente, respira al margen de la realidad compleja e interconectada y sorprendente, descarriado en su dédalo interior, prisionero de su aislada conciencia, una sentencia a cadena perpetua sin remisión de condena. Si la verdad es el todo y

nosotros una parte, no podemos acceder a la verdad sino de modo relativo, parcial, comunicable. Sólo somos algo singular en plural, el singular absoluto se desintegra sin ninguna referencia.

Quien sitúe el dinero en primer lugar, relegará todo lo demás al segundo o tercero: la familia, la amistad, el descanso, la diversión... Pero arrumbar lo esencial como secundario es trastornar el conjunto, desustanciarlo, todo quedará destruido. “Nadie puede servir a dos señores, [...] a Dios y al dinero” (Mc 6,24), *poner una vela a Dios y otra al diablo*. Optar por una cosa implica rechazar lo opuesto, la bilocación sólo existe en las vidas de santos, *no se puede tocar las campanas y estar en la procesión*. Servir al dinero será malbaratar la dicha sencilla, la única que existe, una obsesión insaciable, una autocondena a trabajos forzados, destinado como Sísifo a una empresa imposible. Esto lo sabe todo el mundo, paganos como Epicuro: “nada es suficiente para quien lo suficiente es poco” (Sentencias 68), cristianos como Agustín: “más vale necesitar poco que tener mucho” (Regla 18), y el refranero anónimo: *no es más rico quien más tiene sino quien menos necesita*. No deja de ser curioso que si se domina tan generalizadamente, se practique tan escasamente.

Apalancarse en la diversión y huir del esfuerzo es una regresión, puro infantilismo, *el que algo quiere, algo le cuesta*, las cosas no *vienen llovidas del cielo*. Si se pretende disfrutar del matrimonio y la familia habrá de renunciarse a aventuras e indisciplina, o se arruinará la confianza del cónyuge y el respeto de los hijos. De otro lado, anhelar el éxito y aborrecer el fracaso es una contradicción, llevaría a la parálisis, en mentes limitadas sólo es factible el triunfo desde el riesgo, *nadie nace aprendido*, hasta la naturaleza funciona desde el esquema “ensayo y error”, en eso se basa la teoría de la evolución, *para aprender hay que perder*, los fallos enseñan a mejorar. Así que esfuerzo y riesgo forman parte del rompecabezas del equilibrio vital, quedarse sólo con un platillo de la balanza es estropear la balanza.

Todos estos prototipos no necesitan penitencia, *bastante tienen con lo que tienen*, que dicen en el pueblo. Orígenes, brillante padre de una Iglesia todavía emergente, pionero teórico de la dogmática y la exégesis luego desarrolladas, por eso a veces oscilante al borde de la ortodoxia, frecuentemente sospechoso de connivencias gnósticas, lo dejó dicho a su modo: “a cada uno abrasará su pecado” (Los principios 2,10,4).

La misma dirección por el lado contrario, afirmar *ipsa virtus sibi prae-mium* [la virtud es el premio de sí misma], no parece tan claro, es como si fuera navegar corriente arriba. Pero nace de idéntica percepción, que las buenas acciones fijan predisposiciones positivas. Si la virtud es la capacidad de hacer el bien, ejercitarla es encaminarse hacia la felicidad. La dicha consiste básicamente en estar contento con uno mismo, así que hacer el bien,

hacer lo que uno ve que debe hacer, es el primer paso en la dirección correcta. La mejor razón de hacer el bien es el bien.

Haz bien y no mires a quién

Aunque también sea un axioma propio de la ética, este adagio es una intuición profundamente física, pues parece brotar como vaho de la naturaleza misma de las cosas que hay que hacer el bien simplemente porque está bien, porque es lo que hay que hacer. Y siendo así, esto valdrá siempre, en todas partes y para todos. No es casualidad que se haya condensado en la llamada Regla de Oro por su principalidad y difusión, que en parecidas versiones salmodia: “no hagas a los demás lo que no quieras que te hagan”, y que esté presente en culturas antiguas y dispares como la oriental (Lao Tse, Buda, Confucio), la judaica (Tb 4,15) o la griega (Ética a Nicómaco 1169a). Lo está igualmente en la moderna ética racionalista kantiana, desparramada en sus obras como “imperativo categórico”, sin lograr una formulación que le convenciese totalmente, pero calcada del viejo principio: “obra de tal modo que consideres a la humanidad, en tu persona y los demás, siempre como fin y nunca como medio” (Metafísica de las costumbres 2). La moralidad del bien, que él llamaba deber, era para Kant un apriorismo, una intuición prerreflexiva que concommita a la razón práctica, como para la razón pura lo era el espacio o el tiempo.

Su paralelo advierte que *si haces mal, espera otro tal*, pues resulta bastante evidente que si uno vive fastidiando a otros, se le va a pagar a la corta o a la larga con la misma moneda, *donde las dan, las toman*. Obrar bien resultaría a fin de cuentas una ventaja para todos, podría considerarse un altruismo egoísta o un egoísmo altruista, si te das a los demás los demás se darán a ti. “Dad y se os dará, con la medida que midáis se os medirá” (Lc 6,38).

Como contrapunto, esta física popular nos dice también que todo fluctúa envuelto en espesa niebla. Sin suprimir zonas distinguibles de luz y oscuridad, siempre queda emborronada la línea demarcadora. Incluso nociones aparentemente claras como el bien y el mal pueden traslaparse, mezclarse, ambivaler. Y así se suele descluidir la realidad.

No hay mal que por bien no venga

¿O es al revés, no hay bien que por mal no venga? La versión más antigua, documentada en la narrativa picaresca, es la anterior, el refrán pretende consolar, así que resalta la virtud de la paciencia, que incluso de los males pueden derivarse bienes. Es un poco más optimista que decir *no hay mal que cien años dure*, que sólo consuela por la caducidad imponente de todo. Pero

la confusión y posibilidad de intercambio de dichas palabras clave, mal/bien, casa muy a propósito con lo que a fin de cuentas expresa el mentado proverbio: todo es doble, todo es líquido, *pánta rheí* [todo fluye], dice Platón que dijo Heráclito (Crátilo 402a), todo rezuma ambigüedad, *del bien al mal no hay un canto de real*. Resuenan aquí los popularísimos ripios de Campoamor:

*En este mundo traidor
nada es verdad ni es mentira,
todo es según el color
del cristal con que se mira*

El saber popular siempre ha desterrado el maniqueísmo, el contorno luminoso de separación entre el bien y el mal. Los sucesos y cosas cotidianos son más bien difusos, de perfiles imprecisos, la trama tiene un revés, la moneda dos caras, incluso del peor mal puede subseguirse un bien: una enfermedad grave puede servir para centrar la vida, un golpe crudo puede hacer madurar. Y al contrario, un hecho opuesto puede alzar idéntico brindis: rechazar ir a un cotillón puede juzgarse como tacañería y aceptarlo como glotonería, si haces porque haces y si no haces porque no haces. Siempre ha sido así, *los extremos se tocan*. “Porque vino Juan, que ni comía ni bebía y dicen: demonio tiene; vino el Hijo del hombre, que come y bebe, y dicen: ahí tenéis un comilón y un borracho, amigo de publicanos y pecadores” (Mt 11,18s). Por tanto, *que digan, que de Dios dijeron*, bástenos la conciencia. O en su versión entre: *ande yo caliente, ríase la gente*.

La respuesta vuelve a ser “aborreced el mal y amad el bien” (Am 5,15), seguir la responsabilidad o autoobligación, y luego confiar y porfiar; o tal vez al revés, primero porfiar y confiar, y luego hacer lo que hay que hacer. “Voluntad de sentido”, que repetía el psiquiatra vienés Viktor Frankl, mantener el coraje afrontando la adversidad. Si no hay sentido, hay que buscarlo o inventarlo, así se tenga que *pasar las de Caín*. El sentido puede ser la mera vida, tan breve y preciosa, o sus destellos de gozo, aunque sólo compensen levemente, o el fortalecimiento del espíritu, aun cayendo en el intento. Te haré frente aunque me venzas, habría que conminar al absurdo con rabia, *al infierno, si hay que ir, se va*, el infierno inmanente, por supuesto, “los horrores del ser”, Nietzsche dixit (El nacimiento de la tragedia 3).

El evangelio nos ha dejado su particular versión: “No andéis preocupados por vuestra vida, qué comeréis, ni por vuestro cuerpo, con qué os vestiréis. ¿No vale más la vida que el alimento y el cuerpo más que el vestido? Mirad las aves del cielo: no siembran ni cosechan ni recogen en graneros, y vuestro Padre celestial las alimenta. ¿No valéis vosotros más que ellas? [...] Observad los lirios del campo: cómo crecen, no se fatigan ni hilan. Pero yo

os digo que ni Salomón, en toda su gloria, se vistió como uno de ellos. Pues si a la hierba del campo, que hoy es y mañana se echa al horno, Dios así la viste, ¿no lo hará mucho más con vosotros, hombres de poca fe? [...] No os preocupéis del mañana: el mañana se preocupará de sí mismo. Cada día tiene bastante con su propio mal” (Mt 6,25ss). No es un himno a la vagancia, sino a la confianza y fortaleza.

2. Ética

La ética cristiana esencial coincide con la física, tal es su mérito. *Haz bien y no mires a quien* es como decir “amarás a tu prójimo como a ti mismo” (Mc 12,31). El cristianismo añadiría además una nota de radicalidad y compasión: próximo no es sólo el vecino, el amigo, sino también el enemigo (Mt 5,43) y el necesitado (Lc 10,29ss). Por eso, destacan aquí los dichos de intención inversa, una suerte de paremiología sarcástica. Por ejemplo, hay una expresión de frecuente uso, que como buen modelo encierra al mismo tiempo vulgaridad simpática y sofisticación teológica:

Armarse la de Dios es Cristo

Aunque los testimonios más antiguos hablan de *vivir a la de Dios es Cristo*, esto es, indolentemente, algo así como *a la buena de Dios*, en la sentencia de marras el trasfondo quiere remontar nada menos que al siglo IV, cuando la Iglesia fue legalizada en el Imperio romano y se encontró en la tesitura de adecuar sus intensas convicciones de fe minoritaria para las masas y todo estamento social que ahora llamaban a sus puertas. Si existe un solo Dios Padre, creador y amor hacia todo, que ha sido trasparentado tan diáfana y decisivamente por su Hijo Jesucristo hasta el punto de identificarse... ¿qué clase de divinidad estamos lucubrando? ¿Es una o son dos? Los primeros cristianos tenían claro que el Padre y el Hijo reflejan mismamente a Dios, aunque no sabían expresarlo del todo. Pero era su clave clandestina de identidad cuando eran acosados socialmente. *Ikthús*, “pez” en griego, era también un acrónimo: Jesús (*Iesoús*) es el Cristo (*khristós*), de Dios (*theóu*) hijo (*huiós*) y salvador (*sotér*). El problema fue que al ampliarse la audiencia creyente tuvieron que explicarlo de un modo que cualquiera de los cristianos pudiera metabolizarlo. Y así nació un jeroglífico teológico de difícil solución, que tenía además serias implicaciones políticas y sociales al convertirse el cristianismo en la religión que articulaba el Imperio.

Las disputas sobre el tema debieron de ser enconadas y extendidas, abarcando destierros y excomuniones además de discusiones callejeras.

Gregorio de Nisa, ilustre obispo y teólogo de la época, lo pinta de modo almodovariano, entre cómico y absurdo: “preguntabas a un vendedor por el precio de algo y te empezaba a filosofar sobre engendrado y no creado; solicitabas al tahonero un poco de pan y te respondía que el Padre es mayor y el Hijo inferior; ibas a tomar un baño y el dependiente decidía que el Hijo procede de la nada” (PG 46,557B).

Hay un sordo tono burlón en el modismo, como delatando la desmesura inherente. ¿Es posible que abstrusas cuestiones teológicas alteren la normalidad cotidiana? Si son problemas de exactitud especulativa, florituras intelectuales de escritorio, de donde viene *discusiones bizantinas*, ¿cómo pueden derivar en peleas facciosas? No puede ser que de tan poco se pase a tanto. La terminología griega en liza hacía la polémica todavía más chocante y absurda. De estar con *homooúsios* [consustancial] o aliarse con *homoioúsios* [cuasisustancial] podía pender el interdicto o descolgarse algún puñetazo. Una sola letra tenía la decisión. Pues tal desatino brilla en la experiencia humana, sabemos consolidar grandes follones por cosas de poco momento, trasbordar directamente de sutiles disquisiciones a gruesos alborotos. Aquí realza el contraste que el punto de partida esté en la piedad religiosa y derrote luego en altercados barriobajeros. La cosa no es en absoluto rara, pues hay otros dichos que redicen lo dicho.

Terminar como el rosario de la aurora

Imaginemos una fría alborada de mayo u octubre, las siete de la mañana en los relojes, comienzan a separarse las sombras y los colores, la luz amarillenta de los faroles cediendo ante la aurora gris y azulada. Un apretado grupo de mujeres y hombres, entre soñolientos y devotos, con abrigo, velas y flores, desfilan por la calle tras el sacerdote y los monaguillos, cantando y rezando alternativamente. ¿Cómo es posible que esta placidez bondadosa degenera en insultos, imprecaciones, empujones y golpes? Debe de ser como la escena clásica en la taberna de las películas del Oeste: hay música de piano, baile en el escenario, bebedores en la barra, tahúres en las mesas... pero alguien discute con alguien y un empujón trastabilla a otro alguien que se revuelve contra alguien... de modo que todos acaban contra todos. Pero el Oeste es el Oeste y en el saloon hay un ambiente de juerga que parece alentar la camorra. En el rosario de la aurora hay sólo quietud y oraciones y cánticos... Y en éstas, jóvenes gamberros y bebidos retornan a casa tras el traspase, encuentran divertido el panorama y lanzan pullas, mientras del otro lado los hombres se embravecen y enristran faroles, bastones y paraguas, o tal vez algún vecino de mal

dormir se ha despertado y echa la culpa a la comitiva, a lo mejor a gritos desde el balcón, a lo peor con un cubo de agua, desde abajo responde algún sanguíneo con denuestos, unos le acallan y zarandean, otros replican al de arriba, alguna piedra rompe un cristal, llueven más cubos de agua... La procesión se convierte en cualquier modo en tumulto, *sálvese el que pueda*, o en más piadoso, *Dios nos coja confesados*.

La cosa es que todo empezó con recogimiento y benignidad, ¿cómo puede la línea que separa la fe del odio ser tan fina? El caso es que todos son cristianos, los del balcón y la procesión, y que el rosario de la calle se celebra pocas veces al año. Pero es cierto que muchas veces lo que empieza en confraternidad acaba en despellejamiento. Y si el adjetivo del comienzo es cristiano, el epílogo estupeface todavía un poco más. Pues como se dice en san Juan: “mayores cosas has de ver” (Jn 1,50).

A la cárcel todo cristo

Tiene parecido Sitz im Leben que el rosario de la aurora, una jornada de Semana Santa en un pueblo español cualquiera, una procesión de esas tan queridas y seguidas del Jueves o Viernes Santo, por razones religiosas, supersticiosas, sociales y folclóricas, todas juntas y revueltas, un traspié involuntario en una calleja cuesta arriba o cuesta abajo, un agarrón o topetazo que se propaga en la retestada calle como una fila cayente de fichas de dominó, alguien que se siente golpeado más allá de lo tolerable, se blanden faroles y crucifijos, tal vez cornetas y palos de tambor, figuras terribles con el aspecto amenazador de los capirotos, se oyen blasfemias ante la presencia impasible de los pasos portados en andas, trompadas y patadas por aquí y por allá, hay llantos de niños, gritos de mujeres, caídas de papones, guirigay monumental que hace requerir a la Guardia Civil, perquisición rápida de solución imposible al perderse el minúsculo punto de origen, y sentencia del alcalde hasta mayor precisión o tal vez sólo una bravata sardónica: “pues al trullo con todos los nazarenos”.

Cofrades, penitentes, nazarenos, cristos. El dicho alude a una punición general de participantes que no hace distingos entre diferentes personas e intenciones al no poder hallarse otra solución mejor. Es como *pagar justos por pecadores* porque no se encuentra a ningún culpable en un desaguisado. Es una justicia pueril o primitiva, propia de niños y salvajes, que piensa que es mejor todos que ninguno. Se resalta además indirectamente el contraste entre los vocablos cárcel y Cristo, sugiriendo una insalvable incoherencia de fondo, un desajuste de partida. Teológicamente, la sentencia *sienta como a un Cristo dos pistolas*. La suave, fraterna doctrina del amor y el perdón envuelta en pendencias navajeras. Por el contrario, *estar hecho un Cristo* tiene un matiz

de ternura y compasión. Alude a alguien desarreglado, pero tal vez también maltratado inmerecidamente, que evoca la pasión y conmueve.

Montar el belén

Es otro giro del mismo jaez. La navidad es un tiempo social de encuentros familiares, de fiestas caseras, de regalos, turroneos y belenes. Será por el invernal frío del mundo septentrional, las *White Christmas* del villancico anglosajón –compuesto por Irving Berlin, cantado por Bing Crosby en la película *Holiday Inn*, 1942–, el caso es que la navidad siempre nos evoca la calidez del hogar. La tradición religiosa mediterránea ha decantado la tramoza en miniatura de los contextos del nacimiento de Jesús, dicen que desde san Francisco de Asís, tal vez porque los primeros portales de Belén se documentan poco después de él en Italia, tal vez porque los franciscanos han sido sus primeros difusores. En dura competencia con el árbol decorado con luces, espumillones y bolitas, surgido de la evangelización germánica al asimilar a la navidad el festejo druida del solsticio de invierno con un árbol en representación de la vida renaciente, y cuya primera noticia del estilo actual estaría en la Alemania del barroco, los pesebres se han convertido en un emblema de la navidad. Modelan inmejorablemente la unión entre teología y pueblo, pues el portal exuda la accesibilidad de Dios, la manejabilidad humana del misterio encarnado. Pero tener que asociarse necesariamente belén y familia va a resultar problemático.

Armonizar entre varios figuras de distinto origen, constructor y proporción es más que imposible; acordar la disposición de paisajes y paisanajes, el río más arriba, la cueva más a la derecha, el ángel más airoso, enciende acaloradas disputas; congeniar quién se encarga del césped, quién del papel de aluminio, quién de la iluminación, quién de la conjunción coreográfica, deviene en escaramuzas sin tregua. ¿Será reflejo de incompatibilidad entre convicción espiritual y colaboración humana? Pareciera el cumplimiento de la cita: “estarán divididos el padre contra el hijo y el hijo contra el padre; la madre contra la hija y la hija contra la madre; la suegra contra la nuera y la nuera contra la suegra” (Lc 12,53). No es de extrañar que *montar el belén* aluda a levantar gran barullo. Es *armar la de Dios es Cristo* a nivel casero, al igual que *terminar como el rosario de la aurora* lo traduce a escala local, mientras *a la cárcel todo cristo* aporta cromatismo turístico nacional.

La moraleja final que podríamos sacar de todo ello es que no puede denotarse sincero cristianismo sin tolerancia, sin aceptación de la postura contraria a la propia. Resulta contraproducente, y sería cómico si no fuera dramático, que una doctrina que hace bandera del altruismo y la reconcilia-

ción pueda generar, y con ello degenerar en contiendas y rencores. La ligazón entre creencia cristiana y *puñalada trapera* es algo inconcebible, *no tiene perdón de Dios*, es el colmo de la incongruencia. Al fin y al cabo, el primer y único mandamiento cristiano, en el que se resume toda su fe, es: amarás al prójimo (y a Dios) sobre todas las cosas. Un credo peleado a golpes ni es auténtico *ni Cristo que lo fundó*, no es nada de nada.

3. Lógica

La lógica está referida al pensamiento y sus reglas, ir de lo más conocido a lo menos conocido, como simplificaba Epicuro (Epístola a Pítocles 84), de la experiencia a los principios generales y de los principios generales a las aplicaciones concretas. El hombre es *zoon logikón* [viviente pensante], validó para siempre Aristóteles (Política 1253a), vive humanamente en cuanto que piensa, y necesita entender para vivir. Sabe que la vida en parte le es dada y en parte debe construirla, que debe tener suerte y tener voluntad, confiar en Dios, en apoyo ajeno y en sí mismo. Supuesto el bien como el primer apriorismo, intuitivo desde la esencia misma de las cosas, ¿cómo se concretaría dicho bien? Cristalizaría en lo que se llama virtud, la aptitud para discernir y hacer lo que hay que hacer, la percepción y voluntad de lo correcto. ¿Y cuáles son las virtudes principales? Siguiendo la tridimensionalidad humana, podríamos decantarlas como poliedros, cada cual con varias caras según se exprese uno más religiosa o profanamente. A saber: esperanza, confianza, optimismo, alegría; fraternidad, amicalidad, justicia, solidaridad; ánimo, audacia, esfuerzo, tenacidad. Suponemos que en las virtudes, como en la suma, *el orden de factores no altera el producto*.

A Dios rogando y con el mazo dando

Es uno de los proverbios más populares, que resaltan la idea del esfuerzo. No puede uno dormirse en la confianza, creer que todo va a *venir llovido del cielo*. Por más que se crea en Dios, Él no nos exime de vivir personalmente, de determinar nuestras posibilidades, de luchar por ellas. Incluso un teólogo tan reputado y mártir de la fe como Dietrich Bonhoeffer aconseja que aun siendo creyentes hay que actuar *etsi Deus non daretur* [como si Dios no existiera], siguiendo lo que idearon los teóricos del derecho internacional del siglo XVII para superar conflictos religiosos y lograr una sociedad autónoma, de convivencia válida en todas partes, por tanto, volcando la construcción vital en decisiones estrictamente humanas (Cartas 16.VII. 1944). *Ayúdate y Dios te ayudará*, ratifica otro refrán en esta misma línea,

que en clásico sonaría: *virtuti fortuna comes* [la fortuna es compañera del valor], la suerte para quien la trabaja, la ventura hay que merecerla. Lo que llamamos suerte es muchas veces tesón, cuidado de los detalles, aprovechamiento de las oportunidades, *a quien madruga, Dios le ayuda*.

Si hubiera habido más diligencia en muchas de nuestras previsiones y actos, *otro gallo nos cantaría*, seguro que resultarían distintas consecuencias, aludiendo al gallo que rementó a Pedro sus malas andanzas. Los milagros son tales precisamente por su rareza o imposibilidad, lo preferible es la constante adecuación práctica de la razón. “Lo que te dé un vaso de vino, no lo pidas al Espíritu Santo”, oí decir a uno de mis profesores de teología. Y cuando las cosas vengan mal dadas, mejor poner tierra por medio que esperar una intervención sobrenatural, *fiate de la Virgen y no corras*. Como ironiza la coplilla famosa:

*Vinieron los sarracenos
y nos molieron a palos,
pues Dios ayuda a los malos
cuando son más que los buenos.*

De todos modos, estando claro que hay que obrar personal y voluntariamente, que no puede vivirse sólo de esperanza, ésta sin embargo es también imprescindible. *La esperanza es lo último que se pierde*, no puede faltar ni en los mayores desastres, y es lo primero que hay que tener para vivir. Al fin y al cabo

El hombre propone y Dios dispone

Aceptando lo afirmado en el adagio previo, que humanamente es necesario elegir y dedicarse con ahínco a la opción elegida, también hay que saber que los proyectos no van a ser sólo como nosotros queramos, que hay un elemento de azar, de imprevisible, circunstancial, que siempre se nos escapa y se nos impone. Ello no elimina nuestro empeño, sino que simplemente avisa con realismo de cómo funcionan las cosas desde la experiencia. Muchas veces hay que conformarse, *cuando Dios no quiere, los santos no pueden*, aceptar los hechos como son aunque se mantenga la voluntad y se renueve el denuedo. Y también al contrario, *a quien Dios se la dé, san Pedro se la bendiga*, quien tenga suerte, que la aproveche, *la ocasión la pintan calva*.

De todos modos, ante la adversidad tampoco debe perderse la confianza, *Dios aprieta, pero no ahoga*, hay que dejar resquicios que permitan filtrar la fe, y así recobrar aliento y reanudar el esfuerzo por algo. *Todavía no se ha muerto Dios de viejo*, siempre hay tiempo para las metas queridas.

Habrá que resignarse a lo inevitable, s , pero sin renunciar a seguir adelante. *Aquí paz y después gloria*, decía la coletilla sacerdotal al acabar los sermones, o a estilo plebeyo, *ajo y agua y tirar pa'lante*, resignación sin renuncia, hagamos con calma en la tierra lo que podamos, asumiendo el resultado, pero con constancia, que ya llegar  el momento de descansar, de *pasar a mejor vida*. Realmente, vivir supone

Necesitar Dios y ayuda

Siendo también el hombre *z on politik n* [viviente sociable] –*vuelta la burra al trigo*, digo a Aristóteles ( tica a Nicómaco 1169b)–, en modo alguno puede prescindir de los demás. Los humanos nacen con el cerebro blando, demediado, son crías inútiles que lo necesitan todo migado de los padres. Y cuando el cerebro se endurece, por fin hardware al cabo de un año, sólo admite un software flexible y demorado, un programa de normas, valores e interpretaciones configurado por la familia, la iglesia, la escuela, y ejecutado por la propia existencia, que la psicología redondea en torno a los diez años. Son apoyaturas institucionales contrastadas y culminadas desde la amistad, la convivencia con los iguales, el sostén emocional y elegido. La amistad es para Epicuro “lo más importante para alcanzar la dicha” (Máximas 148). Si no se hubieran perdido sus obras nos habría explicado seguramente que en un universo infinito –como ya intuyó– el individuo es una infinit sima, sólo puede abrirse al todo conformando una parte grande con la humanidad.

Es preciso esperanza y relación, Dios y ayuda, como programa de vida, como estilo de ser, no es cosa de *acordarse de santa Bárbara cuando truena*, vivir sólo de emergencias, *a salto de mata*. Cuando todo va bien, nos sentimos reconciliados con el universo, no necesitamos nada ni a nadie, todo parece estar en su sitio, navegamos ligeros a sotavento. Pero cuando cambia el aire, que siempre cambia y “sopla donde quiere” (Jn 3,8), y tenemos que encarnarnos a barlovento, entonces “se conmueven los cimientos de la tierra” (Is 24,18). Nos sentimos confundidos según transcurre la existencia, tanto bregar y penar para nada, *vaya vida para llegar a viejos*, concluyen invariablemente bancadas de jubilados, confiancias de paseantes y corrillos de comadres. Suena a filosofía pesimista, como si el camino a recorrer no valiera el empeño dada la meta prevista. Y sin embargo, eso es lo que hay y más vale aceptarlo y aprovechar el viaje. Al fin y al cabo, como se ha dicho tantas veces respecto de tantos asuntos y de tan diferentes maneras, la felicidad es el proceso, no la meta. Así es como en las olimpiadas repiten, vete t  a saber si creyéndolo, que *lo importante es participar*; y en general se afirma, a lo mejor sin mucha convicción, que *en el esfuerzo est  la recompensa*.

¿Por qué todo lo que vale y merece la pena cuesta tanto? Tal vez la respuesta esté en la pregunta puesta al revés: lo que cuesta, vale, precisamente por eso, por lo que nos ha supuesto, por lo que hemos dado y lo que nos ha dado. Por ejemplo, la amistad es un esfuerzo de comunicación, esfuerzo que construye una personalidad amistosa, y dicha personalidad será un imán de atracción para los demás. Y si no deja de ser llamativo que nada valioso se obtiene sin trabajo (autoconocimiento, amistad, salud), es todavía más curioso que lo que no cuesta es desdeñado, es menos que barato, pues *sólo se aprecia lo que no se tiene*.

Al final, si estamos a un lado de la barrera, “pedid y se os dará” (Mt 7,7), o en lacayo: *el que no llora, no mama*. Claro que *contra el vicio de pedir, la virtud de no dar*, pero si no se busca, no se puede hallar, si no se juega, no se puede ganar. Y si estamos del otro lado, “hay mayor felicidad en dar que en recibir” (Hch 20,35), que no es una recomendación boxística sino existencial. Sin duda que habrá aprovechados, pero éstos se delatan solos, y entonces *una y no más, santo Tomás*. El evangelio amonesta a los cristianos para ser “sencillos como palomas y astutos como serpientes” (Mt 10,16), que en vulgar podría traducirse: *hay que ser hermanos, pero no primos*.

De todas formas, en el cómo concreto de la vida no hay reglas precisas para nada, *lo más seguro es que quién sabe*. Es notorio que *cada uno es cada uno*. Más su circunstancia, que añadieron Ortega y Gasset (Meditaciones del Quijote, Lector). Se aprende de los consejos, de las situaciones, de los fracasos, pero sobre todo de la experiencia propia, *nadie escarmienta en cabeza ajena*. Cada cual debe elegir sus valores y aceptar los de los otros. El único valor común y absoluto es la persona, como acierta a expresar la Regla de Oro. Sólo tenemos la vida, y la de cada uno debe ser intangible para los demás. Esto es:

Cada uno en su casa y Dios en la de todos

Cada cual es libre de hacer lo que crea mientras no dañe a los demás. La libertad es un don precioso que Dios ha concedido a todos por igual, pues reside en la conciencia humana. Amar la libertad es respetarse a uno mismo, respetar lo mismo en los semejantes y honrar a Dios que lo ha otorgado. La versión profana en inglés suena bien: *live and let live* [vive y deja vivir], pero es mejor la versión evangélica: “la ley perfecta es la de la libertad” (St 1,25).

III. VERSOS

Éstas son rimas de nacimiento anónimo o pseudónimo y de contenido homónimo, rastreadas en epitafios inciertos o coaguladas desde variables aclamaciones litúrgicas. Su objetivo es ancho, sin contorno delimitable, un corazón

solitario y muchos corazones, un momento perdido y todos los momentos. Sin origen ni destino definidos, están flotando perennemente en el hombre.

1. Sentir el sentido

Preguntarse por el sentido de la vida debe de ser tan viejo como la conciencia. Etimológicamente, la palabra pensar sugiere en griego interiorizar, *enthumoúmai*, reflexionar, mientras en latín se destaca la idea de sopesar, *pendere*, examinar. Es decir, razonar es dar vueltas en la mente al yo, el mundo, los demás. Qué hago yo en el mundo, o qué hace este mundo donde estoy junto con otros, cuál es el sentido de todo. Una densa bocanada de esta atmósfera se respira en unos versos escritos en alemán antiguo:

*Ich leb und weiß nit, wie lang,
Ich stirb und weiß nit, wann,
Ich far und weiß nit, wahn.
Mich wundert, daß ich froelich bin.*

[Vivo y no sé cuánto,
muero y no sé cuándo,
voy y no sé adónde.
Me asombro de estar contento.]

Corresponden sospechadamente a una presunta lápida extraviada de un teólogo desconocido del siglo XV, Martín de Biberach, supuesto profesor en la humilde universidad de Heilbronn, al suroeste de Alemania. Ralos y desdibujados datos que resaltan aún más el legado, haciéndolo esplender sobre un fondo misterioso. La neblina de su origen nimba el brillo de verdad y universalidad del poema. Un tocayo y monje celeberrimo, su paisano y hasta cierto punto coetáneo Martín Lutero, no pudo sustraerse a la irradiación de esas frases. Pero él las contradijo literalmente, trasformándolas conforme al espíritu rompedor de su Reforma, el fideísmo de la desesperación (WA 34/2,274s):

*Ich lebe, so lang Gott will,
Ich sterbe, wann und wie Gott will,
Ich fahr und weiß gewiß, wohin.
Mich wundert, daß ich traurig bin.*

[Vivo lo que Dios quiere,
muero cuando y como Dios quiere,
marcho y sé ciertamente adónde.
Me asombro de estar triste.]

En cualquier modo, se han consolidado y esparcido más los lapidarios versos del primer Martín. En realidad, a su vez son una recensión de preguntas tan antiguas como duraderas, tan selectas como divulgadas, tan filosóficas como peliculeras. Su primer rastro pertenece a los gnósticos, un movimiento que aunaba piedad, elucubración y moral; que no era ni una religión, ni una escuela filosófica, ni una asociación urbana, sino todo ello al mismo tiempo; que se replicaba sin pausa bebiendo del misticismo indoiranio, organizándose en la sociedad helenista, infiltrándose en el cristianismo incipiente. La honda depuración universal de sus cuestiones lo ha solidificado generación tras generación, del orfismo platónico a los cátaros medievales y la *new age* contemporánea. Su espiritualidad anárquica pero sincera le permitía fraguar en torno a cualquier institución, como el cemento agarra el forjado, tiñéndola de su lamento existencial.

“Quiénes somos, de dónde venimos, adónde vamos”, son llagas continuamente reabiertas en el alma de la humanidad. Las cita en el siglo III Clemente de Alejandría en sus *Extractos de Teodoto* (78,2), obra referida a un gnóstico con el que pretendía un diálogo confluyente. Las ha retomado recientemente la filosofía neomarxista de Ernst Bloch, componiendo las primeras palabras de su obra mayor, la monumental *Das Prinzip Hoffnung* [el principio esperanza], 3 volúmenes sobre la proyección utópica de la naturaleza humana, comenzada en 1938. Resuenan como un eco lánguido en una famosa película futurista, *Blade Runner* (Ridley Scott, 1981). Y hace tiempo que están presentes en la cotidianidad de nuestra vida, dulcificadas jocosamente: “¿de dónde venimos, adónde vamos, quién dejó la puerta abierta?”.

Son preguntas sempiternas, fieles compañeras de la causa humana, que no desaparecerán mientras ésta exista. Verdaderamente, el hombre es una contradicción insoluble. Su conciencia de unicidad le concede un valor absoluto –la sociedad siempre ha valorado las cosas por su escasez y lo único tiene un precio incommensurable– mientras su conciencia de caducidad le pudre la esencia. El ser humano se presenta así como una realidad única abocada a la anulación, algo a la vez precioso y hueco, un absoluto vacío. El existencialismo contemporáneo se ha dolido amargamente por ello, definiendo al hombre como temporalidad angustiada, pasión inútil, vértigo de libertad. Pero ya autores antiguos e inspirados lo salmodiaban fatigadamente: “vanidad de vanidades, todo es vanidad, [...] todos los ríos van al mar y el mar nunca se llena, pues adonde los ríos van, de allá vuelven a fluir” (Qh 1,2.7), eterno retorno sin mayor sentido.

Y sin embargo, la vida es un regalo hermoso, fruta agridulce de la que hay que apurar su jugo. No nacemos para morir, sino para vivir, aunque

debamos morir. La vida es lo único que tenemos y en ello descansa su belleza incomparable. A pesar de todo, a pesar de la maldad más tangible, hay que decir que *La vida es bella* (Roberto Benigni, 1997), esa película cómica situada en los campos de exterminio. Por extraño que resulte, tomar sólo las bondades y alegrías de la existencia sin degustar amarguras y decepciones es un imposible. El ser es *palíntropos harmonía* [conciliación de contrarios], como sintetizó Heráclito (Fragmentos 51), se captan auténtica e intensamente las cosas sólo desde su opuesto, el placer desde la carencia, la salud desde la enfermedad, la paz desde la guerra, la vida desde la muerte. El ser es igualmente alternancia de antagonismos, “todo tiene su tiempo bajo el cielo: su tiempo el nacer y su tiempo el morir, [...] su tiempo el llorar y su tiempo el reír, [...] su tiempo el amar y su tiempo el odiar” (Qh 3,1ss). La alegría, la amistad, la identidad, por difusas, volubles e inasibles que se presenten, traslucen el secreto de la vida. Como dicen los versos, asombra poder estar contentos circundados por la nada.

La fe cristiana quiere ser en todo esto un apoyo, una esperanza, una confianza. Se funda en una vida cotidiana y derrotada pero triunfante en la fe, Jesucristo, más que en una teoría de convencimientos lógicos.

2. Sabiduría y voluntad

Hay una oración poética de autor y título confusos, versionada y reportada descontroladamente, positivo síntoma de universalidad, conocida como *Oración de la serenidad*. La expresó en prosa el teólogo y pastor protestante estadounidense Reinhold Niebuhr, dice que de su mano, que reconoce inspirada e impulsada por corrientes religiosas centenarias y subterráneas. Al poco la adoptaron como lema, trasformándola en versos algo anémicos, los fundadores del popular movimiento Alcohólicos Anónimos, que trabaja en la rehabilitación de bebedores compulsivos mediante terapias de grupo, ayuda mutua y espiritualidad. Desde entonces se disparó su difusión. Así que provendría de un grumo eclesial norteamericano transmitido, estirado y atusado inconscientemente en los tiempos de guerra y desorden de inicios del siglo pasado entre pueblos y soldados.

*God, grant me the serenity
to accept the things I cannot change;
courage to change the things I can;
and wisdom to know the difference.*

[Dios, dame serenidad
para aceptar lo que no puedo cambiar;
valor para cambiar lo que sí puedo;
y sabiduría para conocer la diferencia.]

El filósofo Epicteto, que vivió entre los siglos I y II, fue un estoico en todos los sentidos: un reputado maestro de esa escuela y un esclavo inválido que logró la libertad exterior e interior. Sus enseñanzas fueron compiladas por sus discípulos y el resumen de todas ellas, el *Manual*, comienza con un consejo general de comportamiento: “De lo existente, unas cosas dependen de nosotros y otras no. [...] Discernirlo es el único medio para alcanzar la libertad y la felicidad”. Casi podría decirse que es la suma del estoicismo, la filosofía de la armonía con el mundo y la plenitud personal. Pues bien, no debiera causar sorpresa que coincida tan completamente con el poema de la serenidad. Se trata de un saber común y antiguo. Como se suele decir coloquialmente: hay dos clases de problemas, los que tienen solución y los que no; si la tienen, no hay por qué preocuparse; y si no la tienen, tampoco.

La resignación no parece ser una virtud muy recomendable. Apoltrona, aborrega, entumece las neuronas, alica los rasgos del rostro. Pero alivia en caso de adversidad invencible, mientras la resistencia sólo lleva a “dar coces contra el aguijón” (Hch 26,14), a perjudicarse en la rabia. La pérdida de un hijo en accidente automovilístico, si no logra ser asumida y elaborada por sus padres, les aboca inevitablemente a la depresión. Cierta resignación conduce a integrarse en la realidad, seda el espíritu en la contrariedad ineludible, acoraza para amortiguar la aspereza de la vida. *Lo que no mata, fortalece* (¿o es engorda?). En palabras de Pablo: “la tribulación engendra paciencia; la paciencia, virtud probada; la virtud probada, esperanza” (Rm 5,3s). Cuando procede el conformismo, podemos hablar de serenidad.

De otra parte, una actitud demasiado acomodaticia, que todo lo deglute, si bien conlleva placidez y hasta felicidad, es al precio de convertir el espíritu en un estanque fétido, un embalse que todo lo acumula. Y se impedirá el progreso si siempre se cede ante la imposibilidad: está clarísimo que el hombre no puede volar, pero si no se hubiera contradicho esta evidencia no existirían los aviones. La ambición tiene que ver con los deseos de avanzar y prosperar. Sin ella habríamos quedado paralizados en las cuevas prehistóricas. Supone asunción de riesgo y audacia, justamente encarar la vida. Pero una ambición desmedida, un horizonte inalcanzable, impulsará a una continua intranquilidad, un esfuerzo agotador, un desgarrar del alma. El valor colorea la ambición adecuada.

Ser capaz de cambiar las cosas no es sólo una teoría, percibir que algo puede ser transformado. Es sobre todo una cuestión de voluntad, llevar a cabo lo que se quiere transformar. De querer dejar de fumar a dejar de fumar va más que una sola palabra, *del dicho al hecho hay mucho trecho*. La libertad significa elegir una opción, pero sin fuerza de voluntad se quedará en humo aromático. La determinación, que sabe atracar en puerto con lo que se propone, es una virtud rara y preciosa. Supone disciplina y persistencia: lo primero, porque el hábito viene del ejercicio, dijimos que dijo Aristóteles, *la práctica hace al maestro*; lo segundo, porque toda consecución proviene de una larga persecución, *el que la sigue la consigue*, nada importante se logra de un día para otro. La gloria de las medallas deportivas oculta largos años de entrenamientos diarios y renunciadas hedonistas. Lo llamamos fuerza de voluntad, el denuedo prolongado en pos de una meta.

La clave de bóveda de toda esta construcción consiste en discernir lo que se puede y lo que no se puede variar, lo que hay que asumir resignadamente y lo que hay que pretender con coraje. La sabiduría es la mezcla de serenidad y valor.

San Agustín concedió mucha importancia a aprender la distinción entre ciencia y sabiduría (La Trinidad 13,19,24). Ciencia es un saber material, empírico, el cómo del mundo, que tras la noche viene el día y de nuevo la noche y de nuevo el día. Sabiduría, en cambio, es un saber interior, existencial, el para qué de los días, que felicidad y bien van unidos. Nuestros padres en nuestros pueblos no sabían –y seguramente siguen sin saber– que es la tierra la que gira en torno al sol, que no caemos al vacío por la gravedad, que el suelo en realidad se está moviendo... ¿Se estarán perdiendo algo? ¿Es tan importante conocerlo? Miles y miles de generaciones tampoco lo han sabido, y han vivido y sentido y amado y tal vez sido felices. Es decir, lo que más importa es entender la vida, la sabiduría, lograr cierto contento personal, significar algo para alguien. No es que la ciencia no valga para nada, desde luego, sino que la ciencia está supeditada, sirve a la sabiduría.

Epicuro ya conoció el percal de todo esto, lo evidenció mucho antes de nuestras divagaciones metafísicas y no estamos a la altura de poder enmendarle la plana, lo mejor es que le atendamos reverenciadamente. En sus famosas cartas –lamentablemente junto a otros pocos fragmentos sus únicos escritos conservados–, en las que pretendió condensar sus teorías, repite que el conocimiento de la naturaleza debe servir para la tranquilidad humana, “para que todos sean capaces de ayudarse a sí mismos en las cuestiones principales de la vida” (Epístola a Heródoto 35), para que no se asusten ante la muerte o los dioses –esto es, el azar, la adversidad, la meteorología, el más allá–. Intenta siempre enseñar senderos de felicidad, pero remarca que para acceder a ellos es preciso entender el mundo en sí mismo, huir de mitos y asentarse en la lógi-

ca, “pues no hay vida gozosa sin una vida racional” (Máximas 5). Según él, estos senderos nacen imperceptiblemente e igualmente para todos: en el disfrute de lo sencillo, siempre combinado con la austeridad; en la amistad, la necesidad y capacidad de ayuda; en el sosiego interior, la ausencia de ambición y temor, contentarse consigo y lo imprescindible. En suma, placeres simples en mentes complejas, y no al revés, como parecemos preferir, refinamientos culinarios y electrónicos en cerebros espectadores y romos.

La sabiduría es distinguir lo esencial y lo accesorio, lo factible y lo imposible, lo variable y lo inmutable. Aplicarse al cuento sin pausa con lo primero, aflojar el tono o renunciar sin pena a lo segundo. Tantos siglos de evolución y cultura para acabar todavía detrás de lo mismo debe de significar que en algún paso nos hemos extraviado, como si hubiésemos tropezado con algún laberinto en el que damos vueltas intuyendo la salida sin llegar nunca a franquearla.

Esta sabiduría sólo se sostiene en la esperanza. Algo exterior a nuestros logros y fracasos, triunfos colectivos e injusticias demoledoras, más allá de la historia de avances y decepciones. Vivir sin esperanza es estar *dejado de la mano de Dios*, el colmo del abandono. Es el secreto del cristianismo: “esperamos un cielo nuevo y una tierra nueva en que habite la justicia” (2Pd 3,13). Creer que la felicidad es posible es confiar en que Dios es amor, que hay sentido. A pesar de todo. Esto tiene un valor incalculable, en su apariencia sencilla, que nadie nos debe hurtar: *ojo al cristo, que es de plata*.

IV. LIBROS

Se trae aquí simplemente una selección de obras, las utilizadas más directamente en la confección de este trabajo. Las paremiológicas sí que aportan, por su parte, una abundante y especializada bibliografía, además de un contenido jugoso y gratificante. Las clásicas, ya se sabe, son eternas, pero con ello dan la impresión de que hemos rehusado su enseñanza, debiendo perder el tiempo en volverla a aprender.

ARISTÓTELES, *Ética a Nicómaco* (E. Lledó – J. Pallí [eds], *Ética nicomáquea; Ética eudemia*, Gredos, Madrid 1985).

BERZOSA, R., *Religiosidad popular en Europa*: V.M. Pedrosa, M. Navarro, R. Lázaro, J. Sastre, *Nuevo Diccionario de catequética*, II, Paulinas, Madrid 1999, 1938-1947.

CAMPOS, J. – BARELLA, A., *Diccionario de refranes*, Espasa, Madrid 1993.

- CANDÓN, M. – BONNET, E., *A buen entendedor... Diccionario de frases hechas de la lengua castellana*, Muchnik, Madrid 2000.
- EPICTETO, *Manual* (P. Ortiz [ed.], Tabla de Cebes; Musonio Rufo, Disertaciones, Fragmentos menores; Epicteto, Manual, Fragmentos, Gredos, Madrid 1995).
- EPICURO, *Obras completas* (J. Vara [ed.], Cátedra, Madrid 1995).
- Fragmentos presocráticos* (A. Bernabé [ed.], De Tales a Demócrito, Alianza, Madrid 2001).
- HERRERO, V.J., *Diccionario de expresiones y frases latinas*, Gredos, Madrid 1992.
- LEÓN, V., *Diccionario de argot español*, Alianza, Madrid 1980.
- LUJÁN, N., *Cuento de cuentos. Origen y aventura de ciertas palabras y frases proverbiales*, Folio, Barcelona 1994.
- RESINES, L., *Religiosidad popular en el refranero*, Castilla, Valladolid 2002.
- SANTAYANA, G., *Interpretaciones de poesía y religión*, Cátedra, Madrid 1993.
- SUAZO, G., *Abecedario de dichos y frases hechas*, Edaf, Madrid 1999.

Tomás MARCOS MARTÍNEZ.
Estudio Teológico Agustiniانو. Valladolid